



lid, por ser biznieto de D. Peranzules (de quien en su lugar se hizo mencion), que fué un gran personaje. Este principe, con deseo de adelantar el partido de los cristianos, con sus gentes particulares rompió por la tierra de Valencia; pero despues de algunos buenos sucesos que tuvo, fué muerto por los moros junto á la villa de Requena en una celada que le pararon, y con engaño. Otros dicen que los castellanos le dieron la muerte; la pública voz y fama fué que los moros le mataron, que parece más probable, y es más justo que se tenga por verdad; lo cierto es que este desastre sucedió á once dias de Agosto. Dejó un hijo de su mismo nombre por heredero de sus estados. En otra parte, D. Sancho, rey de Navarra, se metió por tierras de Castilla, y llegado hasta el lugar de Atapuerca, como llevase gran presa robada por aquellos lugares, el abad de San Pedro de Cardena, movido por el trabajo y lágrimas de los comarcanos, fué apresuradamente en busca del rey, que se volvía á su tierra; alcanzóle y pidióle restituyese la presa á los que padecieron el daño, pues parecia cosa injusta que los agravios hechos por los reyes los pagase la gente miserable y sobre ellos descargase la saña. Condescendió el rey á los ruegos del abad, por ser tan justificado lo que le pedia, demas del particular respeto que tuvo al estandarte del Cid, que el abad y los monjes del templo do le tenían, le tomaron y le llevaban delante para movelle más, lo cual hizo tal impresion en su ánimo y en tanto grado, que él mismo acompañó el dicho estandarte hasta dejalle en el lugar en que ántes le tenían.

Sucedieron estas cosas el año mil ciento ochenta y cinco. En este año, los reyes de Portugal padre y hijo fueron primero á Coimbra, dende se partieron para la ciudad de Portu. Allí celebraron las bodas entre Philipe, conde de Flándes, y doña Teresa, hija del mismo rey D. Alonso, á quien los flamencos llaman Matilde. Concluidas las fiestas, volvieron á Coimbra; allí el rey, agravado de enfermedad y de los años, falleció á seis del mes de Diciembre, en edad de noventa y un años. Su cuerpo, segun que él lo ordenó en su testamento, sepultaron en la iglesia de Santa Cruz, que él mis-

mo fundó, en una sepultura humilde; de donde por mandado del rey D. Manuel en tiempo de nuestros abuelos le pasaron á otro sepulcro de mármol blanco de labor muy prima. Fué varon admirable, acabado en todo género de virtudes, del reino de Portugal, no sólo fundador, sino conquistador en gran parte. Pasó su larga edad y reinado casi sin ningun tropiezo. En las cosas de la guerra, y en las artes de la paz se señaló igualmente, junto con el celo que tenía á la religion, de que dan muestra muchos templos que en Lisboa y en Évora y en otros lugares edificó. Corría á las parejas en piedad y devocion su mujer doña Malfada; hacia en todo el reino edificar á sus expensas muchos monasterios y iglesias, señales muy manifestas de la virtud que ambos tenían.

Hallábase España en sosiego despues que entre los reyes se concertaron las paces, y por la muerte del rey Jacob de los Almohades. Sólo comenzaba por otra parte una nueva guerra, y un nuevo miedo que ponía á muchos en cuidado. Era cosa muy honrosa á D. Pedro Ruiz de Azagra, que en los ojos de tan grandes reyes conservase un tan pequeño estado como el que tenía, sin reconocer á nadie vasallaje. Acudía él de buena gana á ayudar á los reyes en la guerra contra los moros, y arriba queda dicho lo mucho que hizo cuando se ganó la ciudad de Cuenca; pero no se podia persuadir á hacer homenaje á ninguno; y para mostrar su exencion se llamaba vasallo de Santa María, que era el nombre de la iglesia Mayor de Albarracin. La causa de conservarse tanto tiempo, cuanto no sé si alguno de los capitanes antiguos, entiendo fué la fortaleza del sitio, y la emulacion y contienda que los reyes tenían entre sí por desear cada cual la presa, hacerle su vasallo, y que no lo fuese del otro. El año, pues, luégosiguiente de mil ciento ochenta y seis, por el mes de Enero, los reyes de Castilla y de Aragon se juntaron para tomar acuerdo sobre este caso en Ágreda. En las vistas de comun sentimiento hicieron una ley en que desterraban de los dos reinos á todos los deudos y aliados del dicho don Pedro quesiguiesen supartido; con este principio de rompimiento se contentaron por entónces. En el principio del año siguiente, Gaston, vizcon-



de de Bearne, á ejemplo de sus mayores, hizo en Huesca homenaje al rey de Aragon, año desgraciado por la prision de Guidon, rey de Jerusalem. Saladino, grande enemigo de cristianos, le prendió á él y al maestro de los templarios en la ciudad de Tiberiade, y se apoderó por concierto de la misma ciudad de Jerusalem á dos dias del mes de Octubre, que fué un daño y mengua notable y sin reparo.

En Castilla, el rey D. Alonso, vuelto el pensamiento á las cosas de la paz, con muy buenas leyes y estatutos ordenaba y enderezaba la milicia y orden de Calabrava en el mismo tiempo que D. Fernando su tio, rey de Leon, falleció en B-navente el año que se contó de mil y ciento y ochenta y ocho: reinó por espacio de treinta y un años. Sepultáronle en Santiago en la capilla real. Fué tenido por más aventajado y más á propósito para la guerra que para el gobierno. Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo, pareció estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente en la menor edad del rey de Castilla su sobrino. Por lo al sufría mucho los trabajos su ingenio agudo, prudente y pródigo, y en los peligros tuvo corazon animoso y grande. Martin, presbítero de Leon, por estos tiempos florecia por la erudicion y por la su vida muy santa que hacia. Ocupábase en escribir muchos libros, si bien era persona idiota y sin letras; mas de repente le hizo muy aventajado en letras una extraordinaria vision en que San Isidro, en cuyo monasterio vivía, entre sueños le dió á comer un libro en señal de la mucha doctrina que por aquel medio le comunicaba; desde entónces comenzó á señalarse en el conocimiento de las divinas letras y Escritura sagrada. Á nuestras manos no ha venido cosa alguna de aquellos sus libros. Dícese que los canónigos de aquella iglesia y convento los guardan con grande cuidado como un precioso tesoro, y para testimonio muy claro de lo que sucedió y de aquel milagro.

Los hijos sucedieron á sus padres: D. Sancho á D. Alonso, rey de Portugal; á D. Fernando, rey de Leon, D. Alonso, noveno deste nombre, que se volvió con la nueva de la muerte de su padre del camino que llevaba, porque

se queria ausentar, y se iba para su tio el nuevo rey de Portugal por miedo del odio y asechanzas de su madrastra. Llevaba ella mal que don Alonso, hijo bastardo (como ella decia), sólo por ser de más edad y porque se le antojaba á su padre, fuese preferido á sus hijos y tratado como quien habia de suceder en aquella corona. De aquí resultaron desabrimientos perpétuos, de que avino que dado que el rey su antenado al principio le dejó los lugares de su dote por respeto y contemplacion de su padre, pero en fin, la puso en necesidad de retirarse á Nájara, do pasó lo restante de su vida. En el monasterio de Santa María el Real de aquella ciudad están en una capilla, que se llama de Santa Cruz, dentro del claustro, las sepulturas desta señora y de sus hermanos, que fueron don Lope, obispo de Segovia, y D. Martin de Haro. D. Alonso, rey de Leon, fué casado dos veces: la primera con doña Teresa, hija de D. Sancho, rey de Portugal, en quien tuvo tres hijos, á doña Sancha, á D. Fernando, que vivió poco, y á doña Dulce; despues, por mandado de los pontífices, se apartó de doña Teresa, á causa que era su parienta, y casó con doña Berenguela, hija de D. Alonso su primo, rey de Castilla.

D. Sancho, rey de Portugal, primero deste nombre, que llamaron el Poblador y el Gordo, casó los años pasados con doña Aldonza Dulce, hermana del rey de Aragon. Deste matrimonio tuvo muchos hijos, es á saber, á D. Alonso el mayorazgo, á D. Fernando, D. Pedro, D. Enrique, que murió mozo; cinco hijas, doña Teresa, doña Malfada, doña Sancha, doña Blanca, doña Berenguela. Y muerta la mujer, tuvo en otras dos concubinas seis hijos, parte varones, parte hembras: de la primera, por nombre Juana, á doña Urraca y á D. Martin; de la otra, que se llamó Maria, á doña Teresa, D. Egidio, doña Constanza y D. Rodrigo. Doña Teresa casó con Alfonso Tello, el que fundó y pobló la villa de Alburquerque: tales eran las costumbres de aquel siglo, que no tenían por torpe cualquier antojo de los reyes, en que D. Alonso, rey de Castilla, fué muy más medido y juntamente dichoso en sucesion, porque de un solo matrimonio tuvo once hijos: entre los demas,





doña Blanca fué la más dichosa, porque casada con Luis, rey de Francia, octavo deste nombre, con dichoso parto dió al mundo un hijo del mismo nombre de su padre, el que, por la conocida bondad de su vida y por su piedad muy señalada, alcanzó renombre de Santo, y se llamó San Luis. Despues de doña Blanca se siguieron doña Berenguela, D. Sancho, doña Urraca y D. Fernando, que consta haber nacido el año mil ciento ochenta y nueve, á veintinueve de Noviembre, día miércoles. Despues dél se siguieron doña Malfada y doña Constanza, y luego adelante dos ó tres hermanas, cuyos nombres no se saben: demas destos, doña Leonor, y el menor de todos, D. Enrique, que con maravillosa variedad de las cosas vino á suceder en el reino á su padre, como se mostrará en otro lugar.

Fuera de los muchos hijos que el rey de Castilla tuvo, se aventajaba á los demas príncipes sus vecinos en la grandeza del señorío, muy mayor que el de los otros, por do ponía espanto á todas las provincias de España. Él, aunque se veía rodeado de tantas riquezas y ayudas, no se daba al ocio ni á la flojedad, antes extendía con las armas los términos de su señorío y los dilataba; en que asimismo sobrepujaba á los demas reyes de su tiempo, y en ingenio y maña, y en riquezas, gracia y destreza igualaba á sus antepasados; con esto sustentaba la autoridad real, y se hacia temer. Nunca el poder de los príncipes es seguro á los comarcanos, por ser cosa natural buscar cada uno ocasion de acrecentar sus estados, sea justa, sea injustamente. Por esta causa los demas reyes de España se hermanaban contra el rey de Castilla, y se confederaban y prometían que tendrían los mismos por amigos y por enemigos. Procuraban traer á esta confederacion al rey de Leon, si bien pareció estar más aficionado y obligado al rey de Castilla, D. Alonso su primo. Y es así, que luego que tomó la posesion del reino paterno, con deseo de ganar su amistad, de su voluntad fué á las córtes de Castilla, que se tenían en Carrion el año mil ciento ochenta y ocho. Armóle allí caballero á la manera que entónces se usaba; y para muestra de darle la obediencia, le besó

la mano; cortesía en que pareció disminuir la majestad de su reino, y reconocer á su primo por más principal, como lo era. Halláronse en aquellas córtes, Conrado, hijo del emperador Federico, llamado Barbaroja, que aportó á España en peregrinacion, y Raimundo Flacada, conde de Tolosa; el uno y el otro tuvieron por cosa honrosa que el rey los armase caballeros, con las ceremonias que en España se usaban.

Fuera desto, se concertó casamiento entre Conrado y doña Berenguela, hija del rey, pero no vino á efecto por esquivar la doncella de ir á Alemania, sea por aborrecer las costumbres de aquella nacion, sea por el largo y trabajoso camino, porque ¿á qué propósito mudar la templanza de España y el arreo de su patria, y trocalle por el cielo áspero de Alemania y otras condiciones asaz diferentes de sus naturales? Finalmente, este desposorio se apartó por autoridad de D. Gonzalo, primado de Toledo, y de Gregorio, cardenal de Santangel. Los demas reyes, entre tanto que esto pasaba, consultaban entre sí de sus embajadores qué era lo que debían hacer, en especial el de Aragon, que llevaba mal que todas las cosas estuviesen en el albedrío de su cuñado el rey de Castilla, y D. Sancho, rey de Navarra, que pretendía recobrar por las armas lo que por fuerza le quitaron los años pasados. Con este intento, el año de Cristo mil ciento noventa se juntaron de propósito en Borgia por el mes de Setiembre: en esta habla hicieron entre sí confederacion y asiento contra las fuerzas de Castilla. Los leoneses otrosí y los portugueses entraron en esta liga atraídos á ella por industria de los dos reyes. En Huesca se hallaron los embajadores de los otros reyes. Tratóse del negocio con el rey de Aragon, que hacia sus veces y las del navarro. Allí, no sólo se concertó paz entre los cuatro reyes y se ligaron para las guerras, sino demas desto se añadió expresamente, que ninguno en particular sin que los otros lo supiesen y viniesen en ello, por sus particulares intereses, hiciese paz ó tregua con el enemigo, ni aún tuviese licencia sin el tal consentimiento de hacer guerra á nadie ni comenzalla.



Estas cosas se concluyeron por el mes de Mayo, año de mil ciento noventa y uno, en que falleció en Roma Clemente III de este nombre, á veinticinco de Marzo. Sucedió en su lugar, cuatro días despues, Celestino III, llamado antes que fuese papa Jacinto Bobo: fué natural de Roma, y en España mucho tiempo legado de los pontífices pasados. D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, pasó asimismo desta vida á veintinueve del mes de Agosto luego siguiente. En su tiempo el rey D. Alonso dió á él y á su iglesia de Toledo, á Talamanca y Esquivias. En su lugar fué puesto D. Martin Lopez, que por la grandeza de su ánimo y por las excelentes cosas que hizo, tuvo por sobrenombre y se llamó el Grande; tuvo antes el obispado de Sigüenza; su patria se llamó Pisorica; sus virtudes, D. Rodrigo, que le sucedió en la dignidad, las celebró y contó muy en particular. Este mismo año el rio Tajo se heló en Toledo; cosa que por la templanza de la region y del aire suele acontecer muy pocas veces.

En el mismo tiempo del arzobispo D. Martin vivía Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; en riquezas, prudencia y autoridad sobrepujaba claramente á los demas grandes de Castilla. Tenía, en nombre del rey de Castilla y por su mandado, el gobierno de Briviesca, Nájara y Soria, como se muestra por las escrituras de aquellos tiempos. Éste persuadió al rey que se hiciesen córtes de todo el reino de Castilla en Carrion el año de nuestra salvacion de mil ciento noventa y dos, para resolverse en hacer guerra á los moros, que por la flojedad de los nuestros confirmaban sus fuerzas y eran espantosos á los cristianos. Impedia estos excelentes intentos y empecía la discordia y enemiga que andaba entre el rey de Castilla y los leoneses y navarros; temían que si por aquellas partes acometían á Castilla como por las espaldas, forzarian á dejar las armas contra los moros y volver atras; parecia sería lo más acertado primeramente asentar amistad con aquellos reyes: con embajadas que de una parte y de otra se enviaron, al fin se hizo, y se concluyeron las paces. Despues se mandó á D. Martin, arzobispo de Toledo, que con buen núme-

ro de soldados hiciese guerra en el Andalucía, que fué el principio de otra más grande guerra que se siguió y emprendió por aquella parte.

Entre tanto que se tenían las córtes en Carrion, se tiene por fama, confirmada por el testimonio de muchos, que el rey de Castilla á la raya de su reino edificó á Navarrete, pueblo bien conocido. Yo entiendo que le reedificó ó aumentó, porque el arzobispo D. Rodrigo hace mencion de aquel lugar antes deste tiempo. En Aragon, el conde de Urgel, que despues de la muerte de su padre anduvo fuera de aquel reino por enemistad particular que tenía con Ponçe de Cabrera, hombre poderoso, en fin en este tiempo volvió á la obediencia de su rey y á sosegarse. Con D. Gaston, conde de Bearne, casó una hija de Bernardo, conde de Cominges, y con ella hobo en dote el señorío de Bigorra, como feudatario y vasallo del rey de Aragon; asimismo D. Berengario ó Berenguel, arzobispo de Tarragona, fué muerto á diez y seis de Febrero, año de nuestra salvacion de mil ciento noventa y cuatro. Dicese que le mató D. Guillen de Moncada, dado que no saben las causas de aquellas enemistades. En Pamplona tambien D. Sancho VII deste nombre, rey de Navarra, siendo ya de larga edad y muy esclarecido por sus hazañas y grande prudencia (por lo cual y por ser en las letras más que medianamente ejercitado, tuvo el nombre de Sabio), falleció á veintisiete del mes de Junio. Su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de aquella noble ciudad, con enterramiento y honras y aparato real. Reinó por tiempo de cuarenta y tres años, siete meses y seis días.

De su mujer doña Sancha, tia que era del rey de Castilla, dejó á D. Fernando, D. Ramiro, doña Berenguela, doña Teresa, doña Blanca, sus hijos, y sin éstos el mayor de todos, que le sucedió en el reino, conviene á saber, don Sancho, rey de Navarra, octavo deste nombre, el que por la grandeza de su ánimo y por sus excelentes hazañas en la guerra tuvo sobrenombre de Fuerte. Tambien le llamaron don Sancho el Encerrado, porque en lo último de su vida, por causa de una cruel dolencia que padecía de cáncer, se estuvo retirado en el castillo de Tudela del trato y conversacion de





los hombres, sin dar lugar á que ninguno le visitase ó hablase. Hay grandes rastros y muestras de su magnificencia y liberalidad, en particular sacó á Ebro de su madre antigua para que pasase por Tudela, y edificó sobre él un puente para comodidad de los moradores. Fundó á su costa dos monasterios del Cister, llamados de Fitero y de la Oliva; demas desto, en Roncesvalles una iglesia con nombre de Santa María, donde él y sus descendientes se enterasen. Casó con doña Clemencia, hija de Raimundo, conde de Tolosa, cuarto deste nombre. En ella tuvo á D. Fernando, que en vida de su padre murió de una caída que dió de un caballo, andando á caza; su cuerpo enterraron en Tudela en la iglesia de Santa María.

En el tiempo que este D. Sancho comenzó á reinar, toda España estaba suspensa por el temor de una grande guerra que le amenazaba. D. Martin, arzobispo de Toledo, como le era mandado, rompió por los campos de Andalucía, destruyó por todas partes todo lo que se le puso delante; muchos hombres, ganados y otras cosas fueron robadas, quemados los edificios, los lugares y los campos destrozados; y por no salirle al encuentro algun ejército de moros se volvió con el suyo á su tierra sano, salvo y rico. Los moros, movidos por el dolor de esta afrenta y daño, hicieron grandes juntas de soldados en toda la provincia. El mismo Miramolin Aben-Juzeph Mazemuto, avisado de lo que pasaba, con gran número de gentes y con deseo de venganza pasó en España: no sólo los Almohades, sino tambien los Ethiopes y Alárabes con la esperanza de la presa de España seguian sus reales. Con esta muchedumbre pasaron á Sierra-Morena y llegaron al lugar de Alárco, que poco ántes los nuestros edificáran.

D. Alonso, rey de Castilla, avisado del apercebimiento de los moros y del peligro de los suyos, en ninguna manera perdió el ánimo; ántes avisado que hobo á los reyes de Navarra y de Leon que le acudiesen, con los cuales poco ántes se concertó, él primero que nadie, con su ejército particular acudió á Alárco, y puso sus reales cerca de los enemigos, cuya muchedumbre era tan grande que con sus tiendas ocupaban todos aquellos campos y collados;

por esto algunos juzgaban que se debian reportar, y con astucia y maña entretener al enemigo hasta tanto que los otros reyes viniesen, que se decia llegarían muy presto; otros eran de parecer que se viniese luego á las manos, porque los navarros y leoneses no tuviesen parte en la victoria y en la presa, que arrojada y temerariamente al cierto se prometían. Este parecer prevaleció como el que era el más honrado, dado que el rey no ignoraba que aquellos consejos en la guerra son más saludables y más seguros, y que menospreciar al enemigo y confiar en sí mismos, es daño igualmente perjudicial á los grandes reyes, como el suceso de esta batalla lo dió á entender.

Ordenaron los reyes sus gentes. Dióse la batalla junto á Alárco á diez y nueve de Julio, que fué miércoles, el año de mil ciento noventa y cinco. Fué grande el coraje y denuevo de entrambas las partes; pero el esfuerzo de los nuestros fué vencido por la muchedumbre de los enemigos, porque mereciéndolo así los pecados del pueblo, y por voluntad de Dios amedrentados los nuestros, les faltó el ánimo y corazon en la pelea. Muchos, así en la batalla como en la huida, fueron muertos, entre ellos Martin Martinez, maestre de Calatrava: quién dice que D. Martin, arzobispo de Toledo, se halló en esta batalla; de D. Diego de Haro, que fuera el principal movedor desta guerra, se decia mostró cobardía, ca se retiró de la pelea y volvió á Alárco al principio de la batalla, sea por no tener confianza de salir con la victoria, sea, como hobo fama, por estar agravado del rey, que en cierta ocasion igualó los caballeros del Andalucía con los nobles de Castilla en esfuerzo y destreza del pelear. Los moros, ensoberbecidos con tan grande victoria, no sólo se apoderaron de Alárco, que luego se les rindió, sino pasaron adelante, y metiéronse por las tierras del reino de Toledo. Llegaron hasta Yébenes, que está seis leguas de aquella ciudad: desde allí, hechos muchos daños, volvieron atras. En nuestra edad solamente restan algunos paredones de Alárco, y un templo bien antiguo, con nombre de Santa María, con que los comarcanos tienen mucha devoción: entiéndese que el rey bárbaro hizo



echar por tierra aquel pueblo y abatir sus murallas.

Túvose por cierto que con aquel desastre tan grande castigó Dios en particular un pecado del rey, y fué que en Toledo, menospreciada su mujer, se enamoró de cierta judía, que fuera de la hermosura, ninguna otra cosa tenía de estimar. Era este trato, no sólo deshonesto, sino tambien afrentoso á la cristianidad: los grandes, movidos por tan grande indignidad, y porque no se esperaba enmienda, hicieron matar aquella mujer. Andaba el rey furioso por el amor y deseo. Un ángel, que de noche le apareció en Illescas, le apartó de aquel mal propósito: mostrósele en aquella forma que tenía en una pintura é imagen del mismo rey, á manera de mancebo, con rostro hermoso, mas grave, que le amenazaba si no volviese en sí, y le apercebía esperase el premio de la castidad si la guardase, y temiese el castigo si la menospreciase. En la iglesia de Illescas, á la mano derecha del altar mayor, hay una capilla llamada del Ángel, con un letrado que declara ser aquel el lugar en que se apareció el ángel al rey D. Alonso el Bueno, que así le llaman. La verdad es que, sabido el desastre de Alárco, los reyes de Leon y de Navarra desistieron del propósito de ayudar en aquella empresa. El rey de Leon acudió á visitar al rey don Alonso, sea con ánimo llano, sea fingidamente. D. Sancho, rey de Navarra, sin saludar al rey, se volvió á su tierra. La memoria desta descortesía quedó en el pecho del rey de Castilla fijada más altamente que ninguno pudiera pensar; y desde aquel tiempo, congojada con la saña y con el miedo, comenzó á tratar y aparejarse para vengar el agravio, y satisfacer aquel su sentimiento, no sólo contra los moros, sino tambien contra los navarros.

El año luego siguiente, que se contaba de Cristo mil ciento noventa y seis, fué desgraciado en España por la muerte del rey D. Alonso de Aragon, que entre los reyes de España tenía el segundo lugar en autoridad y señorío, y en esfuerzo no daba ventaja á ninguno. Falleció en Perpiñán á veinticinco de Abril, en tiempo que todo su señorío gozaba de gran paz, y el reino de Aragon florecia en gente, riquezas

y fama. Nombró por heredero á D. Pedro, su hijo mayor, segundo deste nombre: á D. Alonso mandó en su testamento el condado de la Proenza y los demas estados que dél dependían. Á D. Fernando, el menor de todos, mandó que en el monasterio de Poblete del Cister, que su padre comenzó y él le dejó acabado, y está puesto entre Tarragona y Lérida, en que pensaba hacer el enterramiento suyo y de sus sucesores, tomado el hábito, se ocupase en rogar á Dios por las ánimas de sus antepasados. Las tres hijas infantas, doña Constanza, doña Leonor y doña Dulce, nombró y sustituyó á la sucesión del reino, si sus hermanos muriesen sin herederos, mudada en esta parte y corregida la voluntad de doña Petronila, su madre, que excluyó las hembras de la herencia de aquellos estados, como arriba queda señalado.

Este año en que sucedió la muerte del rey de Aragon, fué tambien desgraciado por el hambre y peste, males que Cataluña principalmente padeció. Demas desto, con una nueva entrada que hizo el rey bárbaro, Cáceres y Plasencia fueron tomadas, talados los campos de Talavera, y puesto fuego á los olivares, que se dan allí muy buenos. La villa no pudo ser entrada por la fortaleza de los adarves y esfuerzo de los moradores; echó por tierra empero los lugares de Santolalla y Escalona, que están más adelante. La misma ciudad de Toledo estuvo cercada espacio de diez dias. En Castilla, la silla obispal de Nájara, en que hasta entonces estuvo, se trasladó á la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, la cual de una excelente fábrica se comenzara diez y seis años ántes, y á la sazón se acabó de tanta grandeza y anchura que compite con las principales de España. Lo uno y lo otro se hizo por diligencia de D. Rodrigo, obispo de Calahorra.

El año siguiente de mil ciento noventa y siete, hobo nuevos movimientos en Cataluña, por estar la provincia dividida en parcialidades: unos seguían á Armengaud, conde de Urgel, otros favorecían á Raimundo Rogerio, conde de Fox; por la cual parcialidad la ciudad de Urgel fué cercada y tomada por fuerza. El moro Aben-Juzeph, soberbio por la victoria pasada y la prueba que hizo de sus fuer-